

Literatura



Jugarse la vida

Novelas híbridas con cuadros al fondo

MARC CAELLAS

Las novelas más estimulantes de hoy en día son aquellas que no se conforman con desarrollar una trama bien construida, con arcos narrativos diseñados en talleres de escritura, sino aquellas que se organizan en el interior de un contenedor donde los residuos literarios no se separan, sino que se funden y arden juntos: autobiografía, crítica de arte, diario íntimo, performance literario y crónica social.

Así funciona *El nervio óptico* (Anagrama, 2017), de María Gainza, publicado tres años antes en la editorial porteña Mansalva. El capítulo titulado *El rojo y el negro* empieza con la visita de la narradora al oftalmólogo. Sentada en la sala de espera se fija en un póster con la reproducción de un cuadro de Rothko y piensa: "Rothko no te entra por los ojos sino por el cuerpo. Como un fuego a la altura del estómago. Hay días en que creo que las obras de Rothko no son obras de arte sino otra cosa: la zarza ardiente de la

historia bíblica. Un arbusto que arde pero nunca se quema."

De ahí saltamos a la Rusia del 1900, unas breves pinceladas sobre una familia judía pobre que emigra a Estados Unidos, para a continuación conocer a ese hijo pequeño que queda huérfano y que, tras años coqueteando con el surrealismo y otros estilos ajenos, consigue, a partir de 1945, desarrollar su estilo único. "Mirar un Rothko es una experiencia espiritual, pero de una clase que no admite palabras. Es como visitar los glaciares o atravesar un desierto. Pocas veces lo inadecuado del lenguaje se vuelve tan patente. Frente a Rothko uno busca frases salidas del sermón de domingo pero en realidad son todos eufemismos para "puta madre".

De ahí regresamos a otro hospital, donde estuvo internado el marido de la narradora, acompañado de una reproducción de Rothko que ella misma colocó ahí, que genera el interés de una prostituta, que sirve de pretexto para escribir frases magistrales sobre la

diferencia de clases, el poder del arte o los peligros de que un día el negro se trague al rojo.

En *El enfermero de Lenin* (Periférica, 2017) la "acción" sucede en un hospital de La Mancha, en un trasunto del pueblo en el que un joven Valentín Roma veraneaba de niño. Ese cuarto de hospital es el escenario donde se oponen dos visiones opuestas. Una es la del padre enajenado, que se hace llamar Lenin, pero que en su delirio es muy consciente de que sostener un espíritu revolucionario es posible. La otra es la visión del hijo, que piensa que la revolución ha desaparecido, un hijo mucho más perdido, a pesar de su supuesta lucidez, mucho más irónico y desengañado, capaz de pensar un recuerdo y darse cuenta al instante que ese recuerdo es falso. O como canta esa banda de apariciones efímeras conocida como Novios sobre la poca capacidad de la izquierda para motivar a una sociedad dormida: tanto esperar y tan poca fiesta, tanto llorar y tan poca suerte, tantos dra-

mas y tan poco placer, tanta charla y tan poco sexo, tantas palabras y tan pocos besos, tanto cuidar y tan poco amor, tanta histeria y tan poco éxtasis, tantos sonidos y tan poca música.

La novela rezuma un humor negro que es tanto una postura moral como una forma de resistencia. Así, como se aburre, el narrador se pone a enviar cartas a los habitantes del pueblo, en un ejercicio performativo que recuerda alguna acción de Isidoro Valcárcel Medina, como aquella en la que se ponía a llamar a personas para simplemente darles su número de teléfono.

"Cada semana mandaré tres cartas distintas donde habrá relatos sin solución o cuentos que podrían leerse de corrido, sin tomar aire. Todas ellas se ordenarán alrededor de una pregunta lo más extravagante posible (...)

¿Dónde está el infierno?

¿Dónde está el lugar donde todo se condena?

¿Por qué durar es mejor que arder?"

El enfermero de Lenin es un retrato de clase, escrito con más orgullo que revanchismo, más rabia que enfado. Es también un retrato de la vida en el campo, lo que ahora llaman la España vacía, una reivindicación de la manera de relacionarse con la tierra de sus vecinos durante los veranos de adolescente. Hay una fascinación por la capacidad de los habitantes del pueblo para leer la naturaleza que contrasta con la naturaleza urbanita del narrador.

"La vida como fuerza, valor, riesgo: dar la cara, salir al escenario o a la calle, desnudarse, mostrarse como se desea y no saber si se saldrá ileso. Supervivientes de un intento de borrar el significado. «No feelings», sin sentimientos, cantaba Johnny Rotten con los Sex Pistols, o sin significado, borrando términos que tienen que ver con establecer límites, dar sentido y pábulo a consideraciones morales. Lo que tienes es lo que ves."

Como el joven aspirante a poeta García Madero en *Los detectives infraraelistas* por Ciudad de México, el narrador de *Cielo* (Turner, 2017) acompaña a sus idolatrados Basquiat, Debbie Harry, Andy Warhol, Wendy O'Williams o Valerie Solanas por las calles de New York. A diferencia del personaje bolañiano, David G. Torres no estuvo en New York cuando en *El Internacional* servían esa tortilla de patatas que hacía las delicias de Umberto Eco. Ni tampoco cuando una joven Sándria Segura le arrancó la peluca a Andy. Ni falta que hace. De cara a lo que nos interesa, por ejemplo los hilos invisibles entre ciertos gestos realizados en los ochenta y nuestra rebeldía de diseño del siglo XXI, no nos importa demasiado la "verdad". Como lectores nos interesa más preguntarnos si es lícito, o necesario, jugarse la vida a la ruleta rusa, preguntarnos qué hay, ¿hay algo?, bajo la superficie de nuestro ídolos, sumergirnos en esos rostros de los screen test warholianos que dicen mucho más de nuestros ídolos que muchas reflexiones supuestamente profundas publicadas en los pesados catálogos de arte contemporáneo. *Cielo* se instala cómodamente en esa frontera entre géneros que es por donde discurren las novelas que queremos leer, borrando los artificiales límites entre disciplinas artísticas, y también ciertos prejuicios vitales que impiden entender que una novela puede ser profundamente heterosexual y feminista al mismo tiempo.